



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

ÁNGELUS

Domingo 30 de septiembre de 2007

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy el evangelio de san Lucas presenta la parábola del hombre rico y del pobre Lázaro (cf. *Lc* 16, 19-31). El rico personifica el uso injusto de las riquezas por parte de quien las utiliza para un lujo desenfrenado y egoísta, pensando solamente en satisfacerse a sí mismo, sin tener en cuenta de ningún modo al mendigo que está a su puerta. El pobre, al contrario, representa a la persona de la que solamente Dios se cuida: a diferencia del rico, tiene un nombre, Lázaro, abreviatura de Eleázaro (Eleazar), que significa precisamente "Dios le ayuda". A quien está olvidado de todos, Dios no lo olvida; quien no vale nada a los ojos de los hombres, es valioso a los del Señor. La narración muestra cómo la iniquidad terrena es vencida por la justicia divina: después de la muerte, Lázaro es acogido "en el seno de Abraham", es decir, en la bienaventuranza eterna, mientras que el rico acaba "en el infierno, en medio de los tormentos". Se trata de una nueva situación inapelable y definitiva, por lo cual es necesario arrepentirse durante la vida; hacerlo después de la muerte no sirve para nada.

Esta parábola se presta también a una lectura en clave social. Sigue siendo memorable la que hizo hace precisamente cuarenta años el Papa Pablo VI en la encíclica *Populorum progressio*. Hablando de la lucha contra el hambre, escribió: "Se trata de construir un mundo donde todo hombre (...) pueda vivir una vida plenamente humana, (...) donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico" (n. 47). Las causas de las numerosas situaciones de miseria son —recuerda la encíclica—, por una parte, "las servidumbres que le vienen de la parte de los hombres" y, por otra, "una naturaleza insuficientemente dominada" (*ib.*). Por desgracia, ciertas poblaciones sufren por ambos factores a la vez. ¿Cómo no pensar, en este momento, especialmente en los países de África subsahariana, afectados durante los días pasados por

graves inundaciones? Pero no podemos olvidar otras muchas situaciones de emergencia humanitaria en diversas regiones del planeta, en las que los conflictos por el poder político y económico contribuyen a agravar problemas ambientales ya serios. El llamamiento que en aquel entonces hizo Pablo VI: "Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos" (*Populorum progressio*, 3), conserva hoy toda su urgencia. No podemos decir que no conocemos el camino que hay que recorrer: tenemos la ley y los profetas, nos dice Jesús en el Evangelio. Quien no quiere escucharlos, no cambiará ni siquiera si alguien de entre los muertos vuelve para amonestarlo.

La Virgen María nos ayude a aprovechar el tiempo presente para escuchar y poner en práctica esta palabra de Dios. Nos obtenga que estemos más atentos a los hermanos necesitados, para compartir con ellos lo mucho o lo poco que tenemos, y contribuir, comenzando por nosotros mismos, a difundir la lógica y el estilo de la auténtica solidaridad.

Después del Ángelus

Sigo con gran conmoción los gravísimos acontecimientos de estos días en Myanmar y deseo expresar mi cercanía espiritual a esa querida población en el momento de la dolorosa prueba que está atravesando. A la vez que aseguro mi solidaria e intensa oración, e invito a toda la Iglesia a hacer lo mismo, deseo vivamente que se encuentre una solución pacífica para el bien del país.

Encomiendo a vuestra oración también la situación de la península coreana, donde algunos importantes desarrollos en el diálogo entre las dos Coreas permiten esperar que los esfuerzos de reconciliación que se están llevando a cabo puedan consolidarse en favor del pueblo coreano y en beneficio de la estabilidad y de la paz de la región entera.

Saludo cordialmente a todos los polacos. Hoy, en Nisa, en la diócesis de Opole, tiene lugar la beatificación de la sierva de Dios María Luisa Merkert, de la Congregación de las Hermanas de Santa Isabel. Se distinguió por su solicitud hacia los enfermos, los pobres y los abandonados. Que el testimonio de la vida de María Luisa sea para nosotros un estímulo a ver en los necesitados el rostro de Cristo. De corazón imparto a todos mi bendición.

Saludo con afecto a los fieles de lengua española aquí presentes. Pidamos a la Virgen María que, guiados por el ejemplo y las enseñanzas de Cristo e impulsados por su amor, sepamos encontrar la fuente de la alegría y la paz en la entrega generosa y desinteresada a los demás, especialmente a los que sufren y pasan necesidad cerca de nosotros. ¡Feliz domingo!